

Un cuestionario sobre el teatro

Gilberto Martínez

El texto que sigue surgió como una versión libre, paródica, de un artículo sobre la naturaleza del humor de Julián Ríos, «Cuestionario», publicado en la revista de literatura *Quimera* (n. 232-233, julio-agosto de 2003), y leído por el autor durante la apertura de la nueva sala Casa de Teatro de Medellín, el 10 de diciembre de 2003.

Anoche soñé que era un mono..., «sabio» y que me encerraban con otros monos..., «sabios», parecidos a mí, en una jaula. Durante el espacio tiempo del ensueño, alguien de fuera de la jaula, con gesto sombrío y amenazante, abre la puerta y hace entrar a otro grupo de gente que perpleja sólo atina a seguir la orden seca que hace eco en el espacio del encierro y me entrega un cuestionario de cuatro preguntas, mientras me dice:

— Lo mejor es que las conteste rápidamente —se despide. Un rictus de prepotencia enmarca su rostro, y sale.

Pensé entonces, que el hecho de estar nosotros en la jaula hacía creer a los de fuera que ellos eran los únicos que gozaban del derecho a ser libres.

Un vistazo al cuestionario y no tuve más remedio que rascarme la cabeza, cosa que no hacía de tiempo atrás. Decidí, por fin, tachar aquellas preguntas que no fuera capaz de responder cumplida y cabalmente.

¿Qué es el teatro? Nada más, ni nada menos. Esa era la primera pregunta. Miré a los que por encima de mi hombro habían logrado leerla y vi gesticulaciones precisas y contundentes. Hubiera querido imitarlos, pero en el sueño me di cuenta de que a pesar de todo lo leído y escrito nunca realmente había creído en una definición satisfactoria. Recordé, no sé el por qué, la sonrisa de la Gioconda. Todo el mundo la reconoce de inmediato, pero nadie ha podido desvelar su misterio. Así que de un trazo, taché la primera pregunta.

El guardián —así se me apareció esta vez en el lapso del sueño—, abre la puerta y hace entrar a algunos curiosos que, cerca de los barrotes del lado derecho de la jaula, nos observaban y de vez en cuando nos ofrecían a hurtadillas, una migaja de pan. Cierra de nuevo la puerta, no sin antes con una seña, recordarme que debía apresurarme a responder el cuestionario.

La segunda pregunta indagaba sobre la función de eso que llamamos los monos

«sabios», el teatro. «Entretener y enseñar», estuve a punto de contestar. Me pareció una miserable respuesta por la cordedad de su alcance. «Hacer reír» y miré a los demás, algunos complacientes asintieron y hasta aplaudieron. «Hacer llorar» y la trágica respuesta fue del agrado de muy pocos. Entendí las miserables perspectivas de tales respuestas. Me acordé que en vida nos dicen: «El teatro ha muerto». Y entonces, qué función puede tener un muerto. «Pero lo malo que tienen los muertos es que no hay forma de matarlos.» Llegué a la conclusión de que había que tachar la segunda pregunta.

Me rasqué la coronilla y adopté la pose de El pensador, de Rodin, mientras otros, sin dejar de mirarme de reojo, a veces, hacían al abundante público que se aglomeraba por el lado derecho de la jaula, estridentes ruidos, muecas y remedos de actos humanos.

¿Cuántas clases de teatro hay? Miré a mi alrededor y me percibí llorando. Las lágrimas en vez de aliviarme, empañaron mis ojos. Así que sin acusarme de insensato, taché sin dilación la penúltima pregunta.

Para ese entonces la jaula estaba repleta. El guardián, en su celoso cumplimiento del deber una y otra vez había abierto la puerta a todos los que observaban desde el lado derecho y a unos pocos desde el lado izquierdo que, curiosos y con parpadeante pupila, seguían la incidencias de mi accionar. Se notaba intranquilo al cerrar por última vez la puerta, y decidió recorrer el perímetro en donde se asentaba la jaula en busca de algún resquicio que sirviera para acomodar a los que por mandato superior iban a ser obligados a entrar en ella.

Cuando leía la última pregunta (algo tenía que ver con el teatro como forma literaria y la técnica para escribirlo), percibí la palabras bailando en mi retina, porque los que copaban la jaula —en ocasiones en grupos de dos, tres y hasta diez, otras veces individualmente— iban de un lado a otro tratando desesperados de hacer saltar los barrotes. Rugían y lanzaban manotazos a diestra y siniestra, tocaran al que tocaran. La jaula empezó a bambolearse peligrosamente. Los pocos observadores de fuera salieron despavoridos siguiendo al guardián, que después de recibir el cuestionario que le pasé, fue a buscar refuerzos. Casi sin darnos cuenta, los más, al ver los frustrados intentos, nos fuimos aglutinando, y apoyándonos los unos en los otros, formamos un bloque cárneo impregnado de risas, lágrimas, sudor y sangre que se achicaba y se agrandaba, expandiéndose hacia arriba con la fuerza de un hongo atómico, y los barrotes de la parte superior de la jaula, ante el ímpetu de ese pistón, cedieron al accionar dramático de ese conglomerado humano. Crujió el metal que nos dio paso hacia el espacio infinito de la libertad en donde es posible crear y volar..., en donde voluptuosas nubes escribían los nombres de Esquilo, Sófocles, Eurípides; con estruendosa carcajada: Commedia dell'Arte italiana, y con abigarrados tintes: Shakespeare, Calderón, Lope, Racine, Goethe y en forma de cyranese nariz, Rostand, presagiando tormentas psíquicas: Strindberg y Pirandello y con nítidas formas: Brecht; con presagios de tormenta Jarry, Artaud, Grotowsky, Barba, Fo, Garzones; en nubes alejadas se presentían los apellidos de Aguirres, Ángeles, Buenaventuras, Garcías, Reyes,



■ «Recordé, no sé el por qué, la sonrisa de la Gioconda. Todo el mundo la reconoce de inmediato, pero nadie ha podido desvelar su misterio.»
[Detalle de *La Mona Lisa*, de Leonardo da Vinci (1503-1506), Museo del Louvre, París.]

Torres desafiantes, Freídels, Tejadas, Sierras, Carrasquillas, Samper, Saldarriagas, Peláez, Peñas (Luza), Velásquez, Yépez, Viviescas, Rubianos, Zapatas; nubes su-reñas Día, Rovner, Adellach, Iannis y su centro de divulgación teatral, plateadas vivencias pavloskianas; miles de nubes que dibujaban delgadas prolongaciones de titiriteros, manicomios de muñecos, fanfarrias alucinantes y muchos otros (¿Cuántas son la nubes que se me pierden por los recovecos de la memoria?), configurándose un mundo alquímico en

el horizonte, y en ese espacio conseguido, de infinita libertad, los actores..., artífices y amos del acto de la creación teatral...

Entonces, en ese momento del ensueño, desperté y recibí la noticia de que había conseguido la autorización para entregar esta casa en comodato como sede de la Corporación Casa del Teatro. Eso fue el 5 de septiembre de 2003.

Y nosotros cumplimos con la reforma. He aquí el resultado de nuestro esfuerzo. Una sala teatral para hacer teatro de arte. Es de todos ustedes y de la comunidad.